La primera vez que la vi fue un domingo en el Skate Park. Yo iba en bici, ella caminaba. Cuando pasé a su lado nos miramos los segundos que la inercia del movimiento permitió. Pensé en girar la cabeza y comprobar si seguía mirándome, pero no lo hice. De todas maneras algo hubo, en ella, en mí o en nosotros, que me dio la certeza de que esa casualidad volvería a ocurrir.

Antes de continuar quiero disculparme por suscitar, tan temprano, antagonismos. Me irrita pensar en el divulgado rechazo ante la noción de las coincidencias. He llegado a soportar en silencio afirmaciones como “existe la causalidad, no la casualidad”, o que “el azar es subsidiario de la ignorancia”. Pero mi paciencia llega al límite ante el uso pedante e indiscriminado de la frase “Dios no juega a los dados”. Si algo hace Dios es, justamente, jugar a los dados. Claro, sus dados tienen más de seis caras y tres dimensiones. Y con esto no quiero decir que la vida sea mero azar, me refiero a que la combinatoria tiene un rango y alcance limitados. La libertad individual, lo que uno hace, configura el tablero donde caen los dados, y así, de manera indirecta, influye en su resultado. Dios no apuesta, nosotros lo hacemos.

Hace dos años, al tiempo de iniciar mis estudios en la carrera de Letras Modernas de la UNC, y habiendo cumplido la mayoría de edad, decidí independizarme. Encontré un trabajo de medio tiempo en el bar esquina de Belgrano y Caseros. El sueldo apenas alcanzaba para cubrir el alquiler y la comida pero con ello ganaba algo invaluable: una calma necesaria, estratégica diría incluso. Este orden minimalista apuntaba a maximizar la ventaja de los espacios abiertos. A menor relleno, mayores oportunidades. Con esa amplitud, favorecía el presentimiento de una falta. Algo me faltaba, algo crucial para la consecución de mis objetivos, a saber, de carácter literario.

Trabajaba de lunes a viernes hasta las 14hs. Después del almuerzo me despedía con un *hasta mañana* general y, de camino a la facultad, me desviaba religiosamente hacia la plaza del Paseo Sobremonte. Allí, cuando el clima era favorable, alternaba entre el estudio y la redacción de ideas para una novela. No buscaba, con la literatura, conmover corazones o exaltar los grandes ideales; yo quería, en la medida de lo posible, influir en el mundo concreto, insinuar una manera de actuar que fuese más acorde al arte que al artificio. Una tarde de octubre, semanas después de aquel domingo en el Skate Park, nos encontramos en la plaza, una vez más, por casualidad.

Fue ella quien se acercó. Yo llevaba un rato viéndola sin que lo notara, o al menos eso creí. Me había llamado la atención su belleza, su mirada, directa y casi carente de matices emocionales. Apenas se fijaba en la gente que cruzaba la plaza. Con los brazos apoyados en el respaldo de su asiento aparentaba una indiferencia tranquila, sosegada. Mientras, me complacía imaginándola pendiente de mi presencia.

Confiando en el curso de los acontecimientos me despojé de toda fantasía y, conservando ese ánimo poético, decidí volver a mis asuntos. Ya estaba perdido en la escritura cuando me sorprendió notarla sentada a mi lado, leyendo mi cuaderno de manera lúdica aunque realmente interesada. “Ahí falta una coma”, dijo con seriedad de bromista.

Ella también escribía. Tenía ciertos proyectos de los que no quiso hablar mucho. Con esa cautela parecía estar midiendo mi interés, buscando develar la naturaleza de mi curiosidad. De hecho, la mayor parte de la conversación sucedió en un plano metadiscursivo. Ella impostaba una intriga con la que pretendía dominarme. Yo, por mi parte, jugaba ese juego a conciencia, dejándome afectar de manera calculada para medirla también y lograr, a fin de cuentas, imponerme. El resultado, un empate. Aunque sería más adecuado decir que la partida terminó en tablas. Como en toda competencia, dejamos de tenernos por contrincantes y la situación retornó a una dimensión más personal. Empezaba a sentir la tensión de quien no sabe qué camino tomar cuando ella se levantó y me dio su número de teléfono. Lejos de sentirme aliviado o feliz, su gesto me confundió. La vi alejarse y miré el celular. *No me dijo su nombre*, pensé.

Tardé varios días en escribirle. De alguna manera, aquel encuentro me había proporcionado algo clave para el desarrollo de mi novela y no quería perderlo de vista por la urgencia, a duras penas aplacada, por comprender ese último gesto. En cierto sentido, seguía jugando su juego.

Fue un viernes cuando supe que el momento había llegado. Esperé con ansiedad a que terminara mi turno. En los intervalos ociosos entre mis actividades una imagen retornaba, algo así como una directiva ritual me indicaba que debía ir a la plaza donde habíamos conversado y, si ella no estaba allí, le escribiría. Aunque dejé el local con celeridad, no recorrí con el mismo apuro la distancia que me separaba del Paseo -íntimamente buscaba conciliar el derrotero de lo casual y la certeza de la intuición.

Sólo hasta sentarme y sacar mi cuaderno, miré alrededor: no estaba. Pensé en esperar, pero entendí que sería inútil. Saqué el celular y escribí “Hola, soy Nico. Hablamos hace unos días en el Paseo Sobremonte. Estoy acá. Esperaba encontrarte”. Mandé el mensaje y bloqueé la pantalla. Miré alrededor hasta que la vibración del celular me sacó de una meditación forzada. Me había respondido con un mensaje de voz y lo reproduje acercando el móvil a mi oído. Aunque su voz sonaba clara tuve que reproducirlo varias veces para entender lo que decía. De fondo se escuchaba un sonido vibratorio que no logré identificar. Su mensaje decía “Si nos fuésemos a encontrar de nuevo no te habría dado mi número. No me preguntés si ya lo sabía y si por eso lo hice, porque no, no lo sabía” y luego de un silencio, ''¿Cómo va la novela?, estaba esperando que me escribieras”. “No muy bien -respondí-. Llegué a un callejón a oscuras y no sé por dónde avanzar”. Esperé unos minutos con el chat abierto hasta que llegara su respuesta. “Entiendo... es difícil. Yo también estuve ahí, andando entre sombras, sola, o eso creía. Muchas veces me perdí y, al reencontrar el rumbo, pensé en esos otros, en vos digamos, en quienes llegaran a perderse, y tuve un fuerte deseo por dejar señales brillantes. La clave consiste en dirigir la atención no a caminos abstractos sino al lugar donde suceden las cosas, al tablero. Entendí que no se trataba de un ejercicio mental, sino pragmático. Una vez afuera, quise darle cuerpo a ese deseo, y creé esto que me gusta llamar *mi conjuro*”. Antes de que pudiera responder me envió otro mensaje: un link y la frase “Abrílo en una compu… tenés que usar el mouse”. Toda tentativa de comunicación posterior fue en vano.

Caída la noche y ya en mi casa acepté que no habría más respuestas; abrí el navegador y copié el link. Como buen espectador, elegí vivir el truco y no discernirlo.

El tercer acorde me sonó lejanamente conocido, empecé a buscarlo en recuerdos distantes e íntimos. Al notar esto me sentí inexplicablemente sugestionado y deseando barrer esos pensamientos agité el mouse iluminando el segundo acertijo. Suponiendo que éste respondía a la misma lógica del anterior tuve que leerlo varias veces hasta darme cuenta: no era un acertijo. No apuntaba a una resolución lógica o creativa. El texto era una afirmación y completarlo generaba el efecto de vivirlo como propio, de involucrarse personalmente en el proceso. Cuando la página se tornó blanca, la suave aparición de esa frase final me condujo, con igual delicadeza, a un tranquilo estado de contemplación. Miré a mi alrededor y sentí que el espacio entre las cosas se llenaba de sentido, colmando todo vacío, supliendo toda falta. Sólo entonces comprendí que esa última resolución, ese golpe de tecla, era una bisagra entre los pasos anteriores y los que vendrían luego. La página representaba una idea de mundo, y al reconocerla, al reconocer que siempre había estado presente, dejó de ser tan sólo una idea. El juego se extendió más allá de los límites del tablero. Ella dándome su número, la charla, el link. Ahí estaba nuestro vínculo, lo que éramos mutuamente, el verdadero juego que jugábamos.

*el conjuro es una puerta y la llave es de quien desee cruzarla* [*53162999.bet*](https://www.53162999.bet)

Semanas más tarde recordé el inicio de todo, quise comprobar en qué magnitud el tiempo había transfigurado los eventos pasados. Busqué el chat en el celular, bajé conversaciones hasta encontrar su número: no había foto de perfil. Leí todo de nuevo y escuché sus audios. Los extraños sonidos retornaron, pero ya no incomprensibles. Sentí que algo compartíamos que hacía que su mundo, aun sin conocerlo, me fuese un poco más familiar. Miré el número pensando que nunca supe su nombre y que, probablemente, nunca lo sabría. Un grito me sobresaltó. Por la calle alguien pronunciaba un nombre, como llamando: *Camila! Camila!*. Abrí la tarjeta de contacto y llené el espacio en blanco. Camila siempre me había parecido un nombre hermoso.